

# CONCEPTOS FUNDAMENTALES DE LA ORIENTACIÓN FILOSÓFICA<sup>26</sup>

*José Ordóñez-García<sup>27</sup>*

## **Abstracto**

El presente trabajo pertenece a una investigación continua sobre la aplicación terapéutica de la Filosofía. Así, lo que se presenta en esta ocasión son los conceptos fundamentales de lo que llamamos Orientación Filosófica (OrFi), que es nuestra propuesta para una práctica de la Filosofía con fines terapéuticos. El establecimiento y determinación de los conceptos fundamentales de una disciplina es de suma importancia en vista de la singularidad y rigor necesarios para lograr su reconocimiento. En este sentido, este trabajo intenta establecer una clara diferencia entre lo que entendemos por Orientación Filosófica y otras formas de aplicar la filosofía en el campo de la terapia, que, aunque legítimas, siguen una concepción y metodología diferente. Nuestro aporte tiene esto en cuenta: OrFi no es una terapia, aunque puede tener efectos terapéuticos.

**Palabras clave:** consejería, terapia, orientación filosófica, fenomenología.

## **Abstract**

This work belongs to an ongoing research on the therapeutic application of Philosophy. On this occasion, therefore, what is presented are the fundamental concepts of what we have called Philosophical

<sup>26</sup> Este trabajo se inscribe dentro del Proyecto I+D De Excelencia (FFI2017/83770-P): "Dinámicas del cuidado y lo inquietante. Figuras de lo inquietante en el debate fenomenológico contemporáneo y las posibilidades de una orientación filosófica. Configuración teórica y metodológica". Ministerio de Ciencias, Innovación y Universidades del Reino de España. [https://investigacion.us.es/sisius/sis\\_proyecto.php?idproy=28413](https://investigacion.us.es/sisius/sis_proyecto.php?idproy=28413)

<sup>27</sup> Dr. Filosofía. Universidad de Sevilla (España). E-mail: ordogar@us.es

Orientation (OrFi), which is our proposal for a practice of Philosophy for therapeutic purposes. The establishment and determination of the fundamental concepts of a discipline is of the utmost importance in view of the uniqueness and rigour that are necessary to achieve its recognition. In this sense, this work attempts to establish a clear difference between what we understand by Philosophical Orientation and other ways of applying philosophy in the field of therapy, which, although legitimate, follow a different conception and methodology. Our contribution takes this into account: OrFi is not a therapy, although it can have therapeutic effects.

**Keywords:** orientation, therapy, Philosophical orientation, phenomenology.

## Introducción

Hacer de la filosofía una terapia, utilizarla con ese fin, no es algo nuevo, como todo el mundo sabe, al menos ese mundo en el que viven los llamados filósofos, esos que desde el alba de los tiempos aspiraban, y aspiran, al saber, al conocimiento. La filosofía siempre tuvo esa vocación, a pesar de que, con el tiempo, fue dedicándose de manera más específica a cuestiones “metafísicas”. Sin embargo, hay que preguntarse qué tipo de conocimiento es ése al que se refiere el “sofós” del “filo-sofós”. En nuestro caso, el tema que aquí nos convoca, ese conocimiento no se refiere a la naturaleza ni al cosmos, ni a la estructura del conocimiento, de la mente o del comportamiento humano. Aquí, el conocimiento se refiere al existente como tal y a su modo de encontrarse con la existencia (que es la vida del existente), es decir, con los otros y con las cuestiones que se derivan de esa relación; con la naturaleza la relación es estrictamente instrumental, mientras que con los semejantes es existencial. Y lo que suele afluir de ella son una serie de fenómenos de índole afectiva, que vienen a determinar nuestra manera de encontrarnos en el mundo: felices, desgraciados, aburridos o indiferentes. Poco más nos revela el ir y venir de la vida de nosotros los existentes, los mortales. Así, la filosofía que aquí se convoca es una filosofía práctica, en el sentido aristotélico, con vocación terapéutica. Una filosofía cuyo objetivo consiste en ayudar a resolver los conflictos relacionados con la vida diaria, con la vida en común.<sup>28</sup> Sin embargo, desde hace ya bastante tiempo, este fenómeno de la filosofía como terapia está presente en muchos países y con perspectivas muy diversas. Asesoramiento filosófico, filosofía práctica o filosofía aplicada sin alguno de los nombres o denominaciones que ha tomado en distintas

<sup>28</sup> En este sentido, la Orientación Filosófica es una disciplina que tratando con un existente concreto, sin embargo, tiene su incidencia en la vida en común, del mismo modo como Aristóteles consideraba a la ética como algo previo a la política. Este trabajo, que aún está en desarrollo, constituye parte de una propuesta que incluye esa dimensión “política” de la OrFi.

corrientes y modos de entender o concebir esa actividad. Y todos, sin duda, buscan y tienen como finalidad ayudar a aquellas personas que sufren, debido a algún problema, algún conflicto relacionado con su vida diaria. También es cierto que cada una de esas corrientes tiene su propia metodología fundada en alguna fuente de la tradición filosófica, ya sea de la occidental o de la oriental. No obstante, a mi modo de ver, cada metodología, derivada de una de esas tradiciones, tiene su propio campo de trabajo, es decir, atiende a aquellos conflictos o asuntos que tienen una relación directa con la tradición en la que se sostiene su metodología. En cierto sentido, estas corrientes determinan el tipo de conflicto que pueden abordar o incluso lo tratan desde los parámetros y conceptos de esa “filosofía”, de modo que, en su intervención, escucharán “protocolariamente”, es decir, prestarán atención a aquellas narraciones que se relacionen con la *Weltanschauung* de esa tradición, quedando fuera de su consideración el resto de lo dicho. Actuando así, lo que le afecta al existente no es lo mismo que lo que le afecta al terapeuta; a éste le afectará solo aquello que tenga que ver con esa *Weltanschauung*. Habrá casos en los que acierte y otros en los que fracase en su intervención. No se ha de tener una idea sobre las cosas (prejuicio), sino hacerse una idea de lo que el otro cuenta de las cosas. Y, si todos los problemas y asuntos de la vida en común implican una incidencia afectiva, sin embargo, no todos ellos tienen el mismo origen afectivo. Ese origen puede ser considerado desde dos puntos de vista básicos: espiritual y material, a pesar de que ambos tengan en común las características propias de la existencia en cada caso. De manera que podemos decir, que el sufrimiento derivado de los conflictos y preocupaciones son todos existenciales, aunque de carácter espiritual o de carácter material. Los términos “espiritual” y “material” los empleamos aquí en un sentido amplio, común y corriente. Lo “espiritual” incluye a todos aquellos fenómenos que tienen que ver con las creencias, ya se refieran a la amistad, el amor, la sexualidad y las pasiones en general, mientras que con lo “material” nos referimos a esos otros que tiene que ver con los modos fácticos de las relaciones: ocupaciones, decisiones, comportamientos y modos de vida. No obstante, en el ámbito espiritual es donde se instala “un” modo de entender las cosas, con la particularidad de que, en cada existente, y de manera habitual, ese modo suele ser, en cada caso, “el” modo de entender las cosas. Visto así, lo material, tal como se nos da, incluye de facto ese “modo de entender las cosas”, con la singularidad implícita del “mí”. Por tanto, lo “normal” es que los conflictos se presenten sostenidos por ambas dimensiones: el “modo de entender las cosas” es el resultado de la confluencia de lo espiritual y lo material.

En nuestro caso, la Orientación Filosófica (OrFi) no se asienta en alguna tradición “espiritual”, ni tiene como tarea un acompañamiento (los adultos van solos al colegio) o una consolación de cara a la restitución de una calma perdida o una suerte de nirvana para la deriva de un “yo” atribulado (no es una confesión para expiar una culpa). Muchas de esas

intervenciones parecen ser una suerte de secularización en la que Dios es sustituido por conceptos muy cercanos a las tradiciones orientales, en aras de un religamiento de carácter espiritual y no doctrinario.<sup>29</sup> Con esto no queremos decir que no estemos de acuerdo con esas intervenciones o que las critiquemos sin más, para dar mayor empaque a nuestra propuesta. Todo aquello que logre aliviar el sufrimiento nos parece correcto: no todo el mundo logra mitigar el sufrimiento con la misma terapia (con la misma intervención, con la misma metodología, con la misma medicina). Sin embargo, y es nuestro parecer, la mayor parte de esas prácticas no logran una transformación del existente, en sentido estricto, sino que lo que consiguen es una forma de consolación que les ayuda a soportar el malestar (y no todo malestar es experimentado como sufrimiento, esto lo sabe el psicoanálisis), a llevarlo con resignación, pero no con resignificación. No conforman, sino que conforman, es decir, no tienen como resultado una nueva configuración del modo de vivir la existencia, sino una estrategia que permite conformarse “al” malestar, al margen de su contenido, pues de lo que aquí se trata es de transformar la intensidad de la afección, no el trabajo resignificativo de la afección a raíz de la puesta en escena de su origen, que no es otro que “un” determinado modo de concebir algo. Ese algo es el fenómeno conceptual, la comprensión, que dirige el sentimiento de la vivencia: la índole del sentimiento va ligada al modo de entender el fenómeno existencial, es decir, al “como”.

Otros modos de estas prácticas tienen un carácter “educativo” (en el sentido del *educare*: dirigir, encaminar, doctrinar, según la RAE),<sup>30</sup> con lo cual son las ideas del terapeuta lo que le llega al existente, que, de este modo, no es tratado como un “otro”, sino como un acólito: solo se puede “enseñar” a ser libre dejando ser actuando. La alteridad no es tomada aquí como la posibilidad, que ofrece una ocasión para lograr una lectura distinta de aquello de cuyo convencimiento (dogmático) sufre el existente, al no considerar otros modos alternativos de comprensión. La OrFi, por tanto, es un método de intervención cuyo horizonte de trabajo es la posibilidad. ¿Por qué es necesario mostrar otras opciones al modo de concebir y sentir el mismo fenómeno conflictivo? Porque entendemos que el problema se debe fundamentalmente al reduccionismo (óntico). Así, pues, nuestra propuesta no tiene una circunscripción de trabajo “especializada”, en el sentido de abordar el malestar desde una determinada perspectiva “óntica”, desde una determinada región del ente (no es psicoanálisis, ni psicología). No se trata de la forma concreta, existencial, en que se presenta el indicador formal del caso,<sup>31</sup> sino del indicador como tal, de modo que el referente del conflicto ha de ser desplegado ontológicamente, pues, así, es como se abre

29 Algo que recuerda a relación que establece Schopenhauer entre los estoicos y los Vedas.

30 La OrFi, por el contrario, en su método de intervención pone en juego el *educere* (*ex-ducere*, que significa sacar afuera, extraer). De ahí su ascendente socrático.

31 Nos referimos a los indicadores formales, a los “existenciarios”, de *Ser y Tiempo*.

camino la posibilidad, cuyo objetivo no es otro que el desvelamiento de una nueva forma de comprender el fenómeno en conflicto. Y esa nueva forma no consiste en otra cosa que en asumir que “lo mismo” no solo puede pensarse y comprenderse de otras maneras, sino vivirlo de otras maneras. La OrFi entiende el sufrimiento, básicamente, como una incapacidad para abrirse a la posibilidad, que es lo que nos enseña la vida diaria. Esta incapacidad, en su manifestación penosa, aparece en la expresión: “¿y si...?”. Un enunciado que, con la intervención de la OrFi, debería transformarse en este otro: “Y si...”.

## **Conceptos fundamentales**

### **Orientación**

Leemos en el diccionario de la RAE: *orientador/orientadora*, adjetivo; que orienta. *Orientar*; 1. Fijar la posición o dirección de algo respecto de un lugar, especialmente un punto cardinal; 2. Dar a alguien información o consejo en relación con un determinado fin. 3. Dirigir o encaminar a alguien o a algo hacia un lugar determinado. 5. Designar en un mapa, por medio de una fecha u otro signo, el punto septentrional, para que se venga en conocimiento de la situación de los objetos que comprende. 6. Disponer las velas de un buque de manera que reciban el viento favorable.

Podemos ver que, en todos los casos, se trata de un término que alude a la acción de alguien con algo o con alguien. Por tanto, consiste en una ocupación, un estar ocupado haciendo algo, alguna cosa en relación con otra. Es una actividad de carácter operativo, circunstancial y situacional. Se opera una acción determinada en alguien o algo, que se encuentra en una o unas circunstancias y una situación (afectiva) concreta. No obstante, en el caso de la OrFi, la acción va a tener en frente a un alguien, va a ocuparse “con” un existente, no con un objeto ni con un sujeto, ni tampoco con un ser humano genérico sin más, sino con alguien que tiene un nombre, una historia, un modo afectivo de encontrarse y que va a contar aquello que le preocupa, que le hace no sentirse bien, en definitiva, que no le deja pasar página. Así pues, ese ocuparse “con” se determina, modificándose, como un ocuparse “de”. Mientras el “estar ocupado con esto o aquello” indica una acción que se encuentra delimitada en el espacio y en el tiempo, el “ocuparse de” tiene lugar de una manera también activa por cuanto se da realmente al modo de un “me ocupo de”, en el espacio y en el tiempo, aunque con un plus característico, como por ejemplo, en el caso: “me ocupo de que atienda bien al profesor”; o en este otro: “me ocupo de que esté bien atendido”. Es con este segundo ejemplo con el que se relaciona la “orientación”, es decir, que su horizonte activo-afectivo se sostiene en esta forma del “ocuparse de”: “me ocupo de *lo que te ocurre*”. ¿Estamos estableciendo una diferencia entre el existente y lo que le ocurre al existente? En principio, así podría parecer, pero esto supondría sostener

una diferencia como la que hacen algunos entre cuerpo y alma. ¿Es que puede haber algún cuerpo *al que* no le ocurran cosas y *en el que* no le ocurran cosas? El cuerpo del que uno se ocupa aquí se presenta como palabra que expresa el sentir de una afección, a raíz de una vivencia relativa. De ahí que a todas estas instancias podamos denominarlas, en el ámbito de la OrFi, “existente” (término cuyo género es diferente en cada caso). Sin embargo, ¿es posible establecer de veras una diferencia entre el existente y lo que le ocurre? En principio resulta complicado pensar que sea posible esa diferenciación. No obstante, si nos fijamos en lo fáctico, vemos que, efectivamente, nos encontramos en una situación en la que el todo del existente se nos da en eso que nos cuenta, es decir, asistimos al relato del “cómo se siente”, a raíz de algo que le ha afectado. Por ello, no es que el existente se vea reducido a lo que siente, sino que, más bien, se halla ocupado por algo que le ha acontecido al margen de su voluntad, y todo su ser está del todo completo en ese ahí íntimo; en mí. No ser trata, en consecuencia, de reduccionismo sino de determinación existencial afectiva. La manera como se siente condiciona y orienta toda su actividad cotidiana, pues le hará tomar unas decisiones en vez de otras, por la sencilla razón de que el modo de encontrarse le abrirá unas posibilidades concretas, así como unas decisiones en correspondencia con su condición afectiva. Así pues, en el ámbito de la OrFi, no es que se establezca en realidad una diferencia entre el existente y lo que le ocurre; por el contrario, es eso que le ocurre lo que le diferencia de los otros, de ahí que el encontrarse se da fenoménicamente en un “como *me* encuentro”.

En cuanto a la ocupación, también hay que hacer algunas precisiones. El término “ocupar” procede del latín “ocupare” (ocupar, asaltar, invadir). De los once significados que nos proporciona la RAE, hemos seleccionado aquéllas que más se ajustan a la situación que se da en la práctica de la OrFi. Son éstas: “llenar un espacio o lugar”, “llamar la atención a alguien”, “darle en qué pensar”, “preocuparse por una persona prestándole atención”, “asumir la responsabilidad de un asunto, encargarse de él”. El primer significado se encuentra ya dado, y supuesto de algún modo, en los demás. Porque precisamente se trata de eso; de llenar. Término que alude a una relación entre dos cosas: un recipiente y algo que se va a depositar en él; o un recipiente que ya contiene algo y, por tanto, decimos que está lleno. De la misma manera nos referimos a un espacio cualquiera: “la sala estaba llena, la casa, el aula...”. Y solo se puede llenar lo que “está” vacío, y este vacío puede referirse a un objeto, a una extensión o a una superficie:<sup>32</sup> no es lo mismo decir “el vaso está lleno de agua”, que decir “el mar está lleno de algas” o “la piel está llena de picaduras”. Mucho más sutiles se nos antojan expresiones tales como: “Europa está llena de oportunidades”. Resulta claro, entonces, que hay una estrecha relación entre

<sup>32</sup> Ese “estar” alude, como es lógico, al carácter contingente, y por tanto temporal, por cuanto alude a un estado, no a una esencia. Y es así porque su situación se encuentra determinada por el existente: es el que llena o vacía.

llenar y ocupar. Podemos decir que uno puede estar lleno de alegría o de tristeza, que es como decir que uno está ocupado por la alegría o la tristeza, pues son afectos que nos sobrevienen, que nos acontecen. Y dicho así, expresado de este modo, uno puede caer en la cuenta de que la alegría y la tristeza son como el agua, las algas o las oportunidades. Sin embargo, el agua, las oportunidades o las picaduras no son realmente lo mismo que las algas, la tristeza o la alegría. El agua no forma parte de la vasija, a pesar de que ésta esté hecha para contenerla. Una vasija puede estar perfectamente vacía y seguir así, sine die, sin dejar por ello de ser lo que es y estar ahí para ser llenada en un momento dado (es su genuina posibilidad). Pero las algas están ya en el mar, sólo que en determinadas circunstancias afloran a la superficie llenando la orilla y la playa.

Pues bien, al existente le ocurre como a las algas: tiene la posibilidad de que, en medio de sus ocupaciones, de repente aflore el malestar, debido a determinados acontecimientos. Y surge, porque, para ello, es necesario que esos acontecimientos tengan que ver con alguno de los fenómenos de su vida diaria: familia, trabajo, relaciones... Es decir, solo porque el “ser-con” es consustancial a la existencia, puede cambiar el modo en que afectan las circunstancias: uno puede bien en su trabajo o no, estar a gusto con su pareja o en otro momento volverse problemática. Son cosas habituales de la vida diaria. Así, cuando uno está ocupado se encuentra volcado en algo o en alguien, su atención se centra en aquello que está haciendo, es decir, en la ocupación, el existente se relaciona con un afuera, con una exterioridad, no hay separación, división o alteridad, ya que no hay un “en frente”, una suerte de conciencia ensimismada, sino acción, actividad. Es cuando aparece el conflicto, la irrupción de la temporalidad (finitud) bajo el aspecto, o la experiencia, de la separación (distanciamiento con relación) o la ruptura (abandono sin relación), cuando tiene lugar la des-ocupación, como condición de posibilidad de la pre-ocupación, es decir, del momento existencial en que el “ser-con” se muestra ahora bajo la impronta de la crisis. Esta se caracteriza por escapar a la voluntad del existente. En la pre-ocupación tiene lugar lo imprevisible en cuanto fenómeno que viene a representar la alteridad en sentido estricto, la diferencia, la escisión, que no es subjetiva, sino existencial. En el conflicto uno cae en la mismidad, a su pesar, porque esa mismidad se le revela a través de un determinado modo afectivo de encontrarse. La tristeza, la melancolía, la decepción o el temor se dan sin más y constituyen los contenidos fenoménicos de la pre-ocupación. De aquí que la Orientación Filosófica tenga como tarea terapéutica la tematización de la pre-ocupación, de aquello que impide al otro ocuparse, es decir, volver a la ausencia de separación, el regreso a la situación confortante, a la “tranquilidad” del ajetreo de su vida diaria. En esa relación entre el orientador y el existente, se da un intercambio existencial tremadamente significativo, puesto que se trata de ofrecer la posibilidad a aquel, que se encuentra afectado por la vivencia dolosa de la temporalidad, o dicho de otro modo: en un

espacio determinado, el tiempo de uno es puesto a disposición del otro, uno se ocupa de la pre-ocupación del otro, y la finalidad del encuentro (la finalidad terapéutica) consiste en que la ocupación logre introducir la temporalidad en la pre-ocupación, es decir, cambiar el tono de la afectividad a resultas de la asunción positiva de la posibilidad: donde hay decepción, que pueda haber oportunidad. La temporalidad regala la contingencia a todos los conflictos y ofrece nuevas formas de vivir lo mismo.

Sabemos, por tanto, cuál es el sentido y el contenido de la ocupación para la orientación. Ahora se trata de precisar cómo tiene lugar ésta a raíz de aquella. Al igual que el término “filosofía” señala al “filósofo”, “orientación” señala al “orientador”: aquel que orienta. Es también un adjetivo y alude, por tanto, a la descripción de una acción, es decir: es otro el que describe al que actúa así, aunque también es posible que sea el que actúa el que se presente a sí mismo con ese término, echando mano, tal vez, de alguno al uso, pero añadiéndole un nuevo sentido. El del nuestro ha de tener en cuenta lo dicho anteriormente sobre el ocuparse, pero también lo que refiere el sentido común y corriente con relación al término. Así pues, nos encontramos ya con la palabra “orientar”, que es la fijación de una actividad concreta y que se da siempre de un modo específico. Proviene de “oriente”, del latín “oriens”, “orientis”, participio presente de “oriri”: aparecer, hacer. Por lo común, el lugar por donde aparece el sol, por donde nace, indica una referencia para poder ubicarse, para saber en qué lugar se está respecto a él y la dirección correcta del lugar hacia donde queremos ir. Pero es solo eso, una referencia, la referencia, pero no el que realiza el trayecto. Solo indica. Y en eso consiste su tarea y su finalidad. El oriente nunca va más allá de sí mismo, de su condición. Solo muestra, es lo que ilumina dejando ver el camino, pero también, y a la vez, permitiendo el conocimiento de las diferencias, las singularidades y las posibilidades. En la noche, es la polar la que se tiene como referencia, pero su potencia no va más allá de la dirección, es su única posibilidad, porque se limita a impedir que uno se pierda; bajo su tutela todos los gatos son pardos. Pues bien, el orientador (filosófico) se ocupa del existente que ha perdido la referencia o simplemente la ha soslayado, es decir, hace el papel del oriente, del aparecer, de la referencia, por cuanto le indica al existente su horizonte.<sup>33</sup>

¿Cuál es ese referente, ese oriente? Para la OrFi, que utiliza los indicadores formales de la analítica existencial de Heidegger, el oriente es la temporalidad, es decir, la conceptualización introspectiva del saber de la muerte tal como acontece en el existente: como lo ya sabido. Un fenómeno que tiene una interesante peculiaridad en su

33 Normalmente la referencia perdida alude a alguna situación o circunstancia concreta: una separación, una muerte, un trabajo, un conflicto... Pero en todos los casos, la referencia que aparece, porque siempre estuvo ahí –al ser constitutiva del existente–, es la temporalidad y, por ende, la contingencia, cuya posibilidad fundacional es la mortalidad. Y es aquí, donde podemos establecer la diferencia entre la OrFi y otras intervenciones terapéuticas como el psicoanálisis, la Gestalt o la psicología cognitiva, entre otras.

vivencia hemenéutica: *sé lo que me ocurrirá, por tanto, ya lo sé, pero, sin embargo, no tendré experiencia de ello.*<sup>34</sup> Así, la afección que se deriva de este fenómeno es muy extraña, pues uno se siente afectado por algo que jamás experimentará como tal. Se trata de un estado de inquietud sin visos de resolución.<sup>35</sup> Una inquietud permanente, una apertura que obliga a un estar siempre abierto a la posibilidad. No obstante, esa experiencia imposible impregna, de alguna manera, multitud de cosas que nos ocurren en la vida. Hegel decía que “todo lo que existe merece perecer” (Hegel, 2000, p. 57). Nosotros diremos, que todo lo que atañe al existente está atravesado por la temporalidad.

### **Filosófica**

Se debe tener en cuenta un principio fundamental en la actitud filosófica: no todo lo que uno hace agota la disciplina con la que se relaciona eso que uno hace. La Filosofía no es erudición historiográfica, ni vacía especulación teórica cuyo modus vivendi deriva, con demasiada frecuencia, en una esquicia entre el vivir y el pensar, tampoco es mera indagación de carácter epistémico. Hay filósofos que son verdaderos moralistas en uno u otro de estos ámbitos del conocimiento. Y es ésta una afirmación bastante acertada, si atendemos al espíritu que guía su ejercicio filosófico, que no es otro que la búsqueda de respuestas de carácter definitivo, global, respuestas, pues, con vocación de esencialidad y, por ende, atemporales. No hay respuesta que pueda ir, honestamente, más allá de uno mismo y esto es importantísimo si se trata, además, de una filosofía que pretende ayudar a la resolución de conflictos personales: lo que le viene bien a uno no tiene por qué irle bien a otro: los problemas parecen ser los mismos cuando se expresan, pero son del todo diferentes cuando escuchamos cómo se expresan. En cualquier caso, también hay filósofos que insisten en la primacía de la pregunta sobre la respuesta; que es en el saber preguntar donde se encuentra la clave de la buena respuesta. Me apunto a esta segunda opción, como resultado de una convicción personal a raíz de las vivencias experimentadas, para la defensa de una adecuada aplicación de la Filosofía en el ámbito de la terapia. Así damos con una primera característica de la OrFi: no es esencialista sino existencial.

El filósofo de carácter fenomenológico existencial se caracteriza, o ha de caracterizarse, por un ascendente ético. El pensar a raíz de lo dado sin más, orientado por la cosa tal como se despliega en la reflexión propia, es lo que singulariza una posición ilustrada. De modo que es siempre la situación la que prima en su modo de presentarse y tal como se presenta, es decir: no se trata de evaluar el discurso del

34 Y ésta es la única y genuina experiencia que tendrá de “mí” muerte.

35 Al menos sin esa resolución que dice: “a pesar de...” o “¡sea!”, “aún...”, “mientras tanto...”. Modos de la afirmación de lo posible, que hace del existente ser propio (singular) y no impropio (común).

otro sino de posibilitar el despliegue de lo que en él hay implícito, el “desde dónde” son consideradas las cosas (convicciones, creencias, gustos...) y, por tanto, las contradicciones, falacias y paradojas que se derivan de ahí. En nuestro caso, muchos de los problemas con los que nos encontramos se deben a un enfrentamiento entre la moral y la ética, entre el “se dice” y el “digo”.

En mi opinión, una de las características de la actitud filosófica, de corte fenomenológico existencial, en el marco de la terapia, radica en su capacidad para posibilitar la creación de nuevos contenidos morales, apartándose así de la moral ligada al “se hace”. Desde el primer gran moralista que fue Platón, en nuestra tradición, no han parado de surgir, desde entonces, otros tantos. Es raro no encontrar a un filósofo que no esté instalado en una determinada concepción del bien y del mal, de lo correcto y de lo incorrecto, de lo verdadero y de lo falso, ya sean propios o adquiridos, y que no intente insuflarlo en los demás convirtiéndose así en un educador (de *educare*, no de *educere*), un guía, y, así, en un antiilustrado, en un esencialista. Aquel que dice: “la Filosofía es esto”, “la ciencia es esto”, “la moral es esto”, “el saber es esto”... no hace otra cosa que comportarse de manera incoherente e inconsecuente con lo que es ontológica y ónticamente: mortal, contingente, finito. Son los conceptos racionales u ónticos mediante los que el existente interpreta el afecto de la temporalidad surgido del sentimiento de angustia ante el acabamiento de la vida. De modo que: la muerte es lo que me afecta, la angustia es cómo siento eso que me afecta y la temporalidad cómo concibo eso que siento. Así pues, toda afirmación con visos de rotundidad o esencialidad ni es coherente ni consecuente y, en el mejor de los casos, no deja de ser mera pseudo teología. ¿Moralista y teólogo? Así se compensa en muchos casos la esquicia subjetiva. Con bastante asiduidad la eseidad de una cosa –el despliegue de su ser– se sostiene en un imperativo de carácter meramente funcional o utilitario, da igual que sea teórico o práctico: en uno parece regir la lógica interna de los enunciados y en otro la evidencia constatada por la experiencia.

Si uno piensa que la filosofía es aquello que uno mismo dice que es, está en lo correcto, pero sólo en cuanto no pretenda ir más allá de su condición existencial y anímica. Todos buscamos alguna certeza. Es lo normal cuando estamos sostenidos por *un* ingobernable como la inquietud. Lo absurdo es pretender que lo que a mí me aquiega serena también a los otros; a veces es así y otras no. Dicho de otro modo: a veces funciona en el otro lo que funciona en mí, pero no siempre. Escuchamos repetir hasta la saciedad aquello de Aristóteles: “el ser se dice de muchos modos”. Y efectivamente así es, día tras día comprobamos las diversas formas como se manifiesta el ser: amor, envidia, frustración, alegría, serenidad, angustia... Pero también de qué manera se expresan cada uno de esos fenómenos. Sin embargo, también es cierto que diariamente nos encontramos con perspectivas que, paradójicamente, afirman de forma taxativa y rotunda que *lo bueno o lo justo es tal cosa y solo tal cosa*, como si, por ciencia infusa,

ésa fuese la consideración única y unívoca. El sufrimiento se debe, en muchas ocasiones, a la frustración que se deriva del encuentro con un *cómo* diferente con relación al *mío*. Cuando el *mío* no es el *tuyo* hay problema. Pero en realidad es un falso problema generado por lo que, desde Heidegger, designamos como “diferencia ontológica”, que, en nuestro caso se puede interpretar como la diferencia entre la moral y la ética o, de modo tentativo, “diferencia existencial”. Los problemas empiezan cuando, repentinamente, una determinada situación pone en crisis el “se hace” para destapar el “qué hago”.

La Filosofía no es otra cosa que una vía de conocimiento, por ello su impulso es el clásico querer saber de raigambre griega. Pero una cosa es saber lo que dicen otros, algo del todo intrascendente en el sentido más profundo de la aspiración al saber, y otra muy diferente lanzarse uno a decir aquello que la experiencia le ha puesto al alcance, esto es: aquello que ya me ha ocurrido y de lo que he obtenido alguna enseñanza. La autoridad no proviene de lo dicho por los otros –de ahí sólo obtenemos erudición y ésta no es la tarea del pensar– sino de las cosas mismas o más exactamente del encuentro frontal con ellas. De lo contrario nos comportamos, como algunos curas y algunos terapeutas sin experiencia, dando consejos y pautas sobre ciertas cuestiones que ni conocen ni pueden conocer por sus propias limitaciones morales. No se puede servir al bienestar del otro si uno no se ha encontrado en una situación semejante a la suya o ha pasado por las mismas dificultades, esto es: se ha encontrado con la aventura y el riesgo de tenerse a sí mismo. Las fuentes historiográficas nos ayudan sólo hasta cierto punto: aportan herramientas conceptuales y metodológicas de gran utilidad, pero si uno no sabe usarlas adecuadamente son inútiles. No estamos capacitados para resolverlo todo y hay cosas que no tienen solución. Hay personas que no pueden dejar de ser como son. Éste es precisamente uno de los temas fundamentales de la práctica terapéutica: el de sus límites y de cómo afrontarlos. Pero dejaremos este asunto para otro momento porque merece una atención más detenida.

Así pues, hay vías de conocimiento o, mejor dicho, diferentes cosas que se desean conocer: el universo, los mares, la tierra, las células, el cerebro, la atmósfera... y para distinguir un saber de otro se crean disciplinas específicas con denominaciones específicas. ¿Es que se puede pretender cifrar el contenido temático de la Filosofía de una manera exclusiva? ¿Se dice la Filosofía de un solo modo? Sabemos que no. Y esto lo muestra sobradamente la erudición historiográfica. Sólo una actitud guiada por la arrogancia o la ignorancia puede pretender la posesión de semejante fantasía. Hay filósofos porque antes hubo algunos que, pensando y actuando de una determinada manera, fueron calificados con ese término; antes que el filósofo fue el simple y llano pensador, un ilustrado. La Filosofía, como término genérico disciplinar, es históricamente más tardío. Por tanto, quien dice que la Filosofía es esto o aquello, no lo hace desde la Filosofía sino desde su posición concreta: bien como filósofo, que identifica entonces su perspectiva con

la disciplina genérica, o bien como historiador, en cuyo caso o hace un mejunje de lo que dicen unos y otros o toma por Filosofía la doctrina de algún filósofo o de alguna escuela. Ninguno es ilustrado.

¿Podríamos describir la OrFi en términos de una ontología fenomenológica de carácter terapéutico, en tanto en cuanto ella se presenta como uno de los modos de ejercer el filosofar? Porqué no. La intervención terapéutica no consiste aquí en otra cosa que en lograr la aparición de la eseidad del conflicto del existente que sufre: cómo, y no qué, es el desamor, cómo, y no qué, es la fidelidad o la infidelidad, cómo, y no qué, es el miedo, los celos, etc. Vemos que se trata de saber preguntar, y en este ejercicio de la filosofía la pregunta correcta es por el *cómo*, no por el *qué*, no se hace metafísica en la OrFi sino hermenéutica de la facticidad. La vida no deambula por el *qué* sino que se da *en y cómo*.

En muchos casos, la mayor parte de los conflictos se caracterizan por ser fenómenos que nos llevan a experimentar de nuevo nuestra contingencia y finitud y, por tanto, nos muestran a raíz de cómo *actuamos* qué *somos*. Sin embargo, constantemente procuramos olvidar y hacer como que no sabemos qué somos desatendiendo el cómo originario. Aparece la temporalidad, antes retraída y ocultada por una vida uniforme, homogénea, plana, atemporal, y experimentamos “ahora” la duración, la contingencia; que una cosa acaba y, a la vez, otra comienza. Desde una perspectiva ontológica la existencia nos enseña que nada escapa al ser, que todo es, al margen de nuestra consideración afectiva y/o moral. En esta dirección creemos que tendría que ir la intervención de la OrFi en tanto que práctica al servicio de la liberación de una comprensión más amplia y profunda de lo que significa el hecho del “es”. Cuando pretendemos vivir al margen de la finitud y la contingencia, de la temporalidad al cabo, no sólo buscamos una vida ilusoria sino una vida más “natural” que existencial, porque sólo los animales nacen terminados y planificados, nosotros no. No somos animales terminados y programados sin tiempo ni conciencia, a nuestro pesar. Vivir *como si* no fuésemos seres temporales es vivir *como si* fuésemos animales, pero como no lo somos, sino que somos existentes, toda tentativa de perennidad (familiar, social, personal) resulta antes o después un fiasco y un asco. Lo que en el animal es mera programación, en nosotros es, de modo análogo, la moral. Ellos cruzan el tiempo mientras nosotros somos tiempo, y nuestra defensa frente a él, nuestro repudio transfrerencial es la moral.

### **Referencias bibliográficas**

BARRIENTOS RASTROJO, JOSÉ. *Introducción al asesoramiento y la orientación filosófica*. Sta. Cruz de Tenerife: Ediciones Idea, 2005.

HEIDEGGER, MARTIN. *Ser y Tiempo*. Santiago de chile: Editorial Universitaria, 1998.

ORDÓÑEZ GARCÍA, JOSÉ: «La Orientación Filosófica (OrFi): una aplicación de la filosofía en la intervención terapéutica». En: GARRIDO PERIÑÁN, JUAN JOSÉ – BRAVO

DELORME, CRISTIÁN de. *La filosofía como terapia en la sociedad actual: Desafíos filosóficos de nuestro tiempo*. Sevilla: Fénix Editora, 2016. 109-126.

ORDÓÑEZ GARCÍA, JOSÉ: «Concepto y vivencia de la posibilidad como un horizonte de trabajo para la Orientación Filosófica». En: BARRIENTOS RASTROJO, JOSÉ – MÉNDEZ

CAMARASA, JOAN. *Intervenciones filosóficas en la sociedad*. México: Centro de Estudios Humanos de la Vasco de Quiroga, 2011. 107-129.

Recebido: dezembro de 2020

Aprovado: fevereiro de 2021